

EL OBJETIVO DEL *ARS PARTICIPANDI*

Un nuevo concepto se ha hecho habitual últimamente en el campo litúrgico: el *ars celebrandi*. Se encuentra en documentos, libros, revistas especializadas, congresos... El deseo de mejorar la celebración, el deseo de que la liturgia exprese lo mejor posible el misterio que encierra, el deseo de que el sacerdote celebre bien, está en la base del mismo. Ahora bien, la finalidad del *ars celebrandi* no es la correcta ejecución de los ritos litúrgicos ni la belleza o la armonía de la celebración. Sería una concepción muy superficial que se quedaría sólo en las formas sin adentrarse en el contenido. La finalidad del *ars celebrandi* es conseguir la participación de los fieles, esto es, que éstos no sean unos simples espectadores de “algo” que hacen los curas sino que se adentren en el misterio que se celebra de un modo consciente, activo y fructuoso. Por ello, si fijamos la mirada en la asamblea en lugar de en los sacerdotes, deberíamos hablar de *ars participandi* en vez de *ars celebrandi*, ya que aquél quedaría asumido por éste.

Ahora bien, conviene tener claro en qué participamos para poder desplegar en esa dirección todas las “armas” que la liturgia pone a nuestra disposición. A primera vista la respuesta es fácil. Según sea la celebración, participamos en la misa o participamos en un bautizo o participamos en una boda... Sí, es cierto, pero insuficiente. La respuesta es mucho más profunda: por medio de la liturgia nos introducimos en el mismo misterio pascual de Cristo para participar de su fuerza salvadora que transforma nuestra

vida; por medio de la liturgia con-morimos con Cristo para con-resucitar con él. Veámoslo.

Desde los orígenes del mundo, tal y como nos explica la Sagrada Escritura, Dios ha fijado particularmente su mirada sobre los seres humanos que él ha creado. Y, más allá de las iniciativas que la humanidad ha podido tener para buscar a Dios, ha sido Dios mismo quien ha salido al encuentro del hombre recorriendo un camino progresivo que culminó con el envío de su Hijo al mundo. Así tuvo lugar una historia de amor entre Dios y los hombres, cuya síntesis se encuentra bellamente recogida en la plegaria eucarística cuarta: "A imagen tuya creaste al hombre y le encomendaste el universo entero ... cuando por desobediencia perdió tu amistad, no lo abandonaste al poder de la muerte, sino que, compadecido, tendiste la mano a todos, para que te encuentre el que te busca. Reiteraste, además, tu alianza a los hombres; por los profetas los fuiste llevando con la esperanza de salvación. Y tanto amaste al mundo, Padre santo, que, al cumplirse la plenitud de los tiempos, nos enviaste como salvador a tu único Hijo."

Como sabemos Jesucristo, cumpliendo los designios divinos, se entregó a la muerte para destruir el poder del pecado y su máxima expresión, la muerte. Su resurrección supuso el triunfo de la vida. Esta victoria afectó y sigue afectando a toda la humanidad, todos somos partícipes de su victoria, ya que el horizonte finito de la vida humana ha sido destruido dando a nuestra existencia un horizonte divino: Cristo ha sembrado en nuestros corazones la semilla de la inmortalidad. Como afirma la mencionada plegaria eucarística "resucitando, destruyó la muerte y nos dio nueva vida", su misma vida gloriosa.

Esta salvación acaecida entonces quedaría como un acontecimiento del pasado si no lo actualizamos, si no lo hacemos presente, vivo y operante en cada tiempo y en cada lugar para que cada hombre y cada mujer pueda introducirse en la dinámica pascual, pueda sentirse partícipe de la resurrección de Cristo, de su vida inmortal y gloriosa. Esto es posible gracias a la celebración litúrgica, tal y como reza la oración sobre las ofrendas de la misa de la Cena del Señor, "cada vez que celebramos este memorial de la muerte de tu Hijo, se realiza la obra de nuestra redención".

La liturgia nos permite que la alianza realizada por Cristo con su muerte y su resurrección, que ocurrió de una vez para siempre (cf. Heb 7, 27; 10, 10), se prolongue en el tiempo.

Conseguir, por tanto, que la pascua de Cristo despliegue su potencial en cada fiel transformando su vida es la finalidad del *ars participandi*.

En las páginas de este número de la revista *Phase* nos acercamos al *ars participandi*. El primer artículo, preparado por Josep Urdeix, enmarca esta expresión referida a la liturgia. Tras definir el *ars participandi*, hace un recorrido por la historia del concepto y da, después, las claves para conseguir hacer realidad este arte, ofreciendo, incluso, un breve directorio al respecto. Después, Luis Fernando Álvarez asienta el fundamento teológico de la participación. En tercer lugar, Juan Javier Flores dedica un estudio al misterio de Cristo, ya que la participación tiene como objetivo adentrarnos en Jesucristo. Por ello, de la mano de Odo Casel, analizará qué es el misterio y cómo la liturgia es la mistagoga del misterio de Cristo. Seguidamente, Lino Emilio Díez nos describe los diferentes modos de participación en la liturgia, esto es, cómo se concreta el *per ritus et preces* que señala la *Sacrosanctum Concilium* en nuestro mundo actual. Y, finalmente, Miquel Barbarà trata uno de los elementos que ayudan a la participación en la liturgia: el canto.

José A. GOÑI